

LO RELIGIOSO EN *EL QUIJOTE*: «SOMBRA Y LEJOS» DEL CRISTIANISMO CERVANTINO

Dr. Santiago Madrigal. Universidad Pontificia Comillas-Madrid

AULA DE TEOLOGÍA
7 de marzo de 2017

Estas reflexiones toman prestado su título principal del libro homónimo «Lo religioso en *El Quijote*» del Dr. Salvador Muñoz Iglesias¹. Así declaran su inicial dependencia de aquel estudio monográfico del año 1989, que marca un hito en el análisis lingüístico de la actitud religiosa de Miguel de Cervantes Saavedra. Por otro lado, dada la proximidad de la conmemoración de los quinientos años de la Reforma protestante no está de más recordar que la irrupción de Martín Lutero (1517) y la celebración del Concilio de Trento (1545-1563) trazan las coordenadas históricas y religiosas de aquella España que vio nacer al autor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y que acuñó en medio de una escena hilarante la frase proverbial que viene sirviendo para plantear las cuestiones suscitadas por el cristianismo de cuño católico: «con la Iglesia hemos dado, Sancho»².

1. El enigma de Cervantes: «Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza»

A los cuatrocientos años de su muerte, Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) sigue siendo un enigma. Unamuno, amigo de esquinadas paradojas, sostenía que el personaje (don Quijote) era superior a su creador (Cervantes), una hipótesis que se ajusta mal al sentido común. En cualquier caso, los eruditos constatan la distancia inmensa entre la obra literaria y lo que conocemos de la biografía del autor: «¿cómo pudo aquel soldado de Lepanto y recaudador de impuestos escribir *El Quijote*?»³.

Nada está de sobra ni dicho al azar en este libro. Y viene bien al caso esta afirmación hecha como de pasada y puesta en boca del hidalgo manchego, que defiende tanto la antigua condición militar de Cervantes como sus dotes de literato: «Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza»⁴. Trasladamos ese enigma inicial e interrogante básico, «¿era muy culto Cervantes?», al terreno concreto de la cuestión religiosa que en aquellas calendas se planteaba en una España marcada por la secular convivencia, más o menos pacífica, de judíos, moros y cristianos, en medio de la sacudida que estaban planteando las corrientes del erasmismo y el luteranismo, entreveradas a

¹ *Lo religioso en El Quijote* (Toledo 1989).

² *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. IX, 759. Todas las citas según la edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico (Barcelona 2005). Un desarrollo más amplio de estas reflexiones puede verse en: S. MADRIGAL, «Lo religioso en *El Quijote*: el cristianismo católico del Caballero andante»: *Estudios Eclesiásticos* 91 (2016) 419-465.

³ Cf. A. AMORÓS, *Cervantes: el enigma* (La tercera de ABC, 5 de marzo de 2016).

⁴ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. XVIII, 215.

veces con el fenómeno hispano de los alumbrados, sin olvidar la floreciente mística en aquella centuria⁵.

La tesis defendida por S. Muñoz se sustancia en esta afirmación: Cervantes, «desde su profesión de escritor profano», se siente «un laico comprometido» que ha puesto su pluma al servicio del «quehacer evangelizador de la Iglesia católica postridentina»⁶. En esta tarea, más allá de la fina ironía utilizada por el padre y padrastro del *Quijote*, entra en acción este lema sabroso: «La pluma es lengua del alma: cuales fueran los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos»⁷.

Recordemos algunos textos que sustentan la tesis de S. Muñoz y ponen en conexión el tema de la novela, —las aventuras del caballero andante don Quijote—, con el arte de la predicación, al tiempo que exhalan un sentido de profunda religiosidad. Comencemos por el diálogo de amo y escudero sobre la providencia divina después de la desgraciada aventura de los rebaños que les había vaciado las alforjas dejándoles muertos de hambre:

- «Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire ni a los gusanillos de la tierra ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y los justos.
- Más bueno era vuestra merced —dijo Sancho— para predicador que para caballero andante.
- De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, porque caballero andante hubo en los siglos pasados que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un campo real como si fuera graduado de la Universidad de París»⁸.

Siguiendo esta asociación entre *predicador* y *caballero andante* resulta curioso comprobar que los dos protagonistas del *Quijote* se tildan, recíprocamente, de teólogos o de hombres versados en teología, precisamente por sus habilidades para la predicación. Así sucede en el pasaje en el que Sancho Panza diserta sobre la muerte en unos «términos rústicos» que llaman la atención a su amo, y que destaca con cierta sorna sus dotes para «tomar un púlpito en la mano e irte por ese mundo predicando lindezas», a lo que el escudero responde: «Bien predica quien bien vive, y yo no sé otras teologías»⁸. Por otro lado, la arenga que D. Quijote dirige a los vecinos del pueblo del rebuzno para disuadirles de una pelea con sus burladores está concebida como un sermón acerca del mandato cristiano del amor al prójimo. En esta ocasión, es Sancho el

⁵ R. FINE-S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones* (Madrid 2008). Este libro, que recoge las actas del coloquio internacional de cervantistas celebrado en la Universidad Hebrea de Jerusalén, entre el 19-21 de diciembre de 2005, ofrece una perspectiva actualizada de la actitud religiosa de Cervantes.

⁶ *Lo religioso en el Quijote* (Toledo 1989) 319-337; aquí: 336.

⁷ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. XVI, 828.

⁸ Lib. I, cap. XVIII, 215.

⁸ Lib. II, cap. XX, 873.

que devuelve el cumplido al Caballero de la Triste Figura: «El diablo me lleve si este mi amo no es teólogo, y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro güevo»⁹.

Un tercer pasaje acaecido en la casa del caballero del verde gabán, Diego de Miranda, vendría a redondear estas consideraciones, cuando don Quijote explica en qué consiste «la ciencia de la caballería andante»: «Es una ciencia que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo», de modo que quien la profesa ha de ser jurisconsulto, médico y herbolario, astrólogo, matemático, «ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales», «ha de saber nadar y herrar un caballo», «ha de guardar la fe a Dios y a su dama», y también —había dicho un poco antes— «ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde que le fuera pedido»¹⁰.

Ahora bien, es claro que ni don Quijote ni Sancho son teólogos. Tampoco lo era Miguel de Cervantes, que tantas veces y de tantas maneras se hace presente en su novela interfiriendo en la historia, episodios y aventuras del hidalgo y su escudero. Empezando por el hecho de que en la biblioteca de don Quijote existe un libro de Cervantes, *La Galatea*, publicado hacía muchos años (1585), su única publicación extensa antes del *Quijote*. El cura, que es un lector ávido y competente, conoce al autor: «Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos»¹¹.

Hay otras muchas apariciones de Cervantes en el *Quijote* más o menos furtivas. La más espectacular acaece en la alcañal de Toledo donde el narrador Cervantes dice haber descubierto los cartapacios en árabe que contenían el manuscrito de Cide Hamete Benengeli, «autor arábigo y manchego»¹², que permiten continuar la «vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha», interrumpida de forma abrupta en su momento álgido¹⁴.

En el espejo de sus protagonistas aparece el genial manco de Lepanto como un hombre no solo versado en desdichas y versos sino también en cosas de moral y en asuntos de la fe. Se puede decir de Cervantes, —así S. Muñoz—, que no era «un escriturista, ni un teólogo o moralista, estrictamente dicho; pero tenía de la Sagrada Escritura, del dogma cristiano y de su moral un conocimiento extenso y profundo, ajustado y preciso, a un nivel más elevado que el usual en un “ingenio lego”»¹³.

Parece que son las interferencias del autor Cervantes en el decir y sentir de sus personajes donde hay que buscar los rasgos fundamentales de su actitud religiosa, que se entremezcla con el mismo propósito literario de la novela. Por eso, desde esta

⁹ Lib. II, cap. XXVII, 940.

¹⁰ Lib. II, cap. XVIII, 844-845.

¹¹ Lib. I, cap. VI, 94.

¹² Lib. I, cap. XXII, 257. Véase el comentario de A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos* (Madrid 2002) 639-646. Dice don Quijote (Lib. II, cap. II, 703): «Ese nombre es de moro». Según S. Bencheneb, significa «El Señor que más alaba al señor hijo del evangelio». Véase: L. LÓPEZ-BARALT, «El sabio encantador Cide Hamete Benengeli: ¿fue un musulmán de Al-Andalus o un morisco del siglo XVII», en R. FINE-S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 339-357. ¹⁴ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IX, 118.

¹³ *Lo religioso en el Quijote*, 22.

primera aproximación a la inmortal obra de Cervantes y a su enigma pasemos a examinar más de cerca el tema propio de este escrito, las novelas de caballerías, el prisma desde el que ha sido construido el universo real y literario que sirve de encuadre a la dimensión religiosa de una época.

2. El *Quijote*, «una invectiva contra los libros de caballerías»

¿Cuál es el asunto y tema de esta obra? Antes de responder a este interrogante con las palabras que el propio Cervantes estampó en el prólogo de su libro, podemos recrear la situación literaria de la época recordando que S. Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús —así lo confiesa en su biografía— era muy aficionado a los libros de caballerías. Al igual que Santa Teresa de Jesús. Conoce el *Amadís de Gaula*, el más famoso y original de los libros de caballerías en la España del siglo XVI, que tenía don Quijote en su biblioteca. Este y otros libros del género habían inflamado la mente y perturbado el juicio del hidalgo manchego, «que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda»¹⁴. Es la clase de libros que solicitó durante su convalecencia el gentilhomme Íñigo de Loyola herido de gravedad en Pamplona. Pero en la sobria casa de Azpeitia no había aquellos libros, así que recibió en su lugar el *Flos sanctorum*, las vidas de santos, y la *Vida de Cristo* del Cartujano, que propiciaron su conversión. Después de abandonar la casa solar de Loyola, venciendo las resistencias de su hermano, y después de saldar algunos asuntos pendientes, encontramos a este peregrino en Monserrat, dispuesto a velar armas a la manera de los caballeros andantes pero para emular las hazañas de los santos. En el capítulo tercero Cervantes cuenta «la graciosa manera en que tuvo don Quijote en armarse caballero».

No ha faltado quien pusiera en conexión la locura caballeresca de S. Ignacio con los ideales quijotescos¹⁵, empezando por el filósofo Miguel de Unamuno, uno de los grandes cervantistas, que estableció en su personal exégesis de la obra una correlación entre S. Ignacio de Loyola, caballero andante a lo divino, y don Quijote¹⁶. El rector de la Universidad de Salamanca elaboró en su ensayo (original de 1905) ampliamente esta equiparación: el fundador de la Compañía de Jesús no solo encarnaría la visión del mundo del *quijotismo* sino que el personaje central del capítulo octavo de la primera parte, don Sancho de Azpeitia, sería un remedo de S. Ignacio de Loyola. Cervantes diseña un duelo entre el Quijote de la Mancha y el Sancho vasco, que arranca de las palabras provocativas del primero: «Si fueras caballero, pero como no lo eres». Este Sancho de Azpeitia es el único personaje de la obra que trata a D. Quijote como el caballero andante que pretende ser y se sitúa en el mismo plano de esa irrealidad novelesca: «¿Yo no caballero? —replicó ofendido el vizcaíno». Y comenta Unamuno: «Y

¹⁴ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. I, 39.

¹⁵ Cf. G. EIKHOFF, «Christliche Abenteuer. Narrheit und Ritterlichkeit bei Ignatius von Loyola und die Quijote von der Mancha»: *Geist und Leben* 60 (1987) 284-298. Muy escéptico se muestra S. Muñoz frente a este paralelismo (cf. *Lo religioso en el Quijote*, 283).

¹⁶ *La vida de Don Quijote y Sancho* (Madrid 1987) 51-54 (segunda salida de D. Quijote); 55-59 (la aventura del vizcaíno, Sancho de Azpeitia); 60-62 (la batalla entre el Quijote vizcaíno y el Quijote manchego).

encontráronse frente a frente dos Quijotes. Por esto es tan prolijo Cervantes al narrarnos este suceso»¹⁷.

Y así se entabló el singular combate o «la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron», según reza el título del capítulo noveno que narra la lucha entre el Quijote vizcaíno y el Quijote manchego, la primera historia pintada y narrada en el cartapacio del autor arábigo Cide Hamete Benengeli¹⁸. En este contexto Unamuno evoca al caballero andante vasco, de Azpeitia, Íñigo de Loyola, «el santón jesuítico». Y dice que Sancho de Azpeitia perdió la pelea por culpa de su mula, que no era, por cierto, vizcaína.

No sé hasta dónde se ha de llevar la conexión entre D. Quijote y S. Ignacio, el «caballero y loco» por Cristo, ni si la equiparación del fundador de la orden religiosa con el héroe de las novelas de caballerías estuvo en la mente de Cervantes. Ahora bien, cuando se escribe y publica en 1605 la primera parte del *Quijote* solo había un caballero andante que hubiera llevado el nombre de su patria chica, Azpeitia, por España y por Europa. En cualquier caso, este paralelismo literario pone de manifiesto que el entusiasmo por los libros de caballerías estaba generalizado en la España del siglo XVI. Personas de toda condición los leían con interés o disfrutaban oyéndolos leer, como se desprende de este pasaje de la novela cervantina en el que habla un ventero iletrado:

«Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas, muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. A lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días»²¹.

Los libros de caballerías, que ocasionaron la locura de don Quijote y que provocan la novela de Cervantes, son narraciones en prosa que relatan las heroicas aventuras de un caballero andante que vaga por el mundo, luchando contra personas o monstruos, seres normales o mágicos, deambulando por tierras exóticas y fabulosas. El caballero andante goza de una fuerza considerable casi inverosímil y es muy hábil en el uso de las armas, que pone al servicio de la lucha contra el mal, para «favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos»¹⁹, para «desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas»²⁰, siempre movido por un ansia insaciable de gloriosas aventuras. Una de las virtudes del caballero es, junto a su valentía, el sentido de la justicia, a veces exagerado y desquiciado. Todos esos esfuerzos y sacrificios son ofrecidos por él a una dama, para conseguir y acrecentar su amor.

¹⁷ *Ibíd.*, 59.

¹⁸ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IX, 119.

²¹ Lib. I, cap. XXXII, 404-405.

¹⁹ Lib. I, cap. XVIII, 206. En otro pasaje la profesión de caballero andante se orienta a «favorecer a los necesitados de favor y acudir a los menesterosos» (Lib. II, cap. XXVII, 938).

²⁰ Lib. I, cap. IX, 117.

Martín de Riquer escribe al respecto: «La lectura de los libros de caballerías, principalmente el *Amadís de Gaula*, impresionó de tal modo a determinados lectores, que llegaron a creerse que la ficción era la historia verdadera»²¹. De ahí a la locura hay un trecho corto, que es el camino recorrido por don Quijote, que ha llegado a perder el juicio leyendo tales libros. En el famoso capítulo sexto el cura y el barbero, contando con la colaboración de la sobrina de D. Quijote, proceden a expurgar de estos libros la biblioteca del hidalgo.

La segunda parte de la novela vio la luz en 1615, diez años después de la primera, con el título *El ingenioso caballero D. Quijote de la Mancha*. Como es sabido, entretanto se había producido la publicación, el año anterior, del llamado *Quijote* apócrifo, o de Avellaneda, que, —siguiendo la hipótesis de Martín de Riquer—, habría que denominar «el Quijote de Jerónimo de Passamonte»²². Con habilidad y maestría Cervantes prolonga en el segundo volumen de su obra la ficción y la historia a través de conspicuas referencias a la primera parte y a la continuación del apócrifo de Avellaneda. Así, ha puesto en boca de don Quijote una recapitulación de sus andanzas, resaltando el éxito extraordinario que había conseguido entre los lectores:

«Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva ya camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura»²³.

Quedamos así situados ante el tema propio del libro: «Todo él —dejó escrito Cervantes en el prólogo— es una invectiva contra los libros de caballerías, (...), ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano y lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún humano entendimiento» (Prólogo, 18).

Esta obra de Cervantes —insiste de nuevo— «no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías» (19). Ya al principio del prólogo había ironizado frente a los que así proceden, pues «no dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído y en otro hacen un sermoncico cristiano» (12).

²¹ *Para leer a Cervantes* (Barcelona 2003) 31.

²² *Ibíd.*, 389. Véase: A. MARTÍN JIMÉNEZ, *El Quijote de Cervantes y el Quijote de Avellaneda: una imitación recíproca* (Alcalá de Henares 2001).

²³ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. XVI, 821.

Y, sin embargo, —retomemos la tesis defendida por S. Muñoz— Cervantes «no cumple lo prometido»²⁴, pues «en el *Quijote* abundan los parlamentos con aires de sermón»; o sea, se comporta a veces como un «predicador» que sí *mezcla lo humano y lo divino*, y recoge muchos consejos de la Sagrada Escritura, y también compone sermoncicos cristianos, en los que su «pluma lengua del alma» catequiza y «sabe dar razón de la cristiana fe que profesa, clara y distintamente»²⁵.

En el llamado Siglo de Oro, el factor religioso ofrece una línea de fuerza esencial a la hora de explicar los fenómenos sociales, políticos y culturales. Aunque se trate de un libro de entretenimiento, contiene el *Quijote* innumerables datos de la pugna intelectual y religiosa de aquella centuria en la que comenzaron a fraguarse una identidad católica y una identidad protestante. Ahí se sitúa adecuadamente el debate apasionante sobre la actitud religiosa del gran alcaáino y padre de la novela moderna, si su cristianismo se aproxima más a Erasmo y al racionalismo del Renacimiento que a Trento.

3. La evangelización por la literatura: niveles en el discurso religioso del

Quijote

Hechas estas consideraciones podemos pasar a exponer los argumentos sobre los que S. Muñoz levantó su tesis: «Cervantes se considera un laico comprometido, desde su profesión de escritor profano, en el quehacer evangelizador de la Iglesia católica postridentina»²⁶.

Salvador Muñoz distingue y analiza estos tres niveles de discurso religioso en el *Quijote*: una religiosidad *epidérmica*, una religiosidad *medular* y una religiosidad *refleja*.²⁷ En el primer nivel se manifiesta la religiosidad sociológica y rutinaria de la sociedad española del siglo XVI, tal y como ha cristalizado en los refranes o proverbios de carácter religioso; este estrato también se puede rastrear en el uso de la Sagrada Escritura, así como en la presentación de los eclesiásticos y en la utilización de latines. No nos vamos a detener en este nivel minuciosamente analizado por S. Muñoz. Baste recordar una de sus conclusiones tras el examen de las más de 80 referencias bíblicas del *Quijote*²⁸: la presencia de pasajes tomados de los llamados libros deuterocanónicos (Eclesiástico, Sabiduría, Carta de Santiago) no admitidos por los protestantes excluye cualquier sospecha de influencias luteranas; como botón de muestra está la sentencia de don Quijote, «el agradecimiento que solo consiste en deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras»²⁹, donde resuena el pasaje de la carta de Santiago más representativo en la controversia entre católicos y protestantes acerca del valor de la fe y de las obras: «La fe, si no tiene obras, está realmente muerta» (2, 17.26).

El segundo nivel corresponde a la profesión explícita de *contenidos religiosos*, más allá de las fórmulas sociológicas estereotipadas, que muestran cómo nuestro escritor se

²⁴ *Lo religioso en el Quijote*, 330.

²⁵ *Ibíd.*, 334.

²⁶ *Ibíd.*, 336.

²⁷ *Ibíd.*, 26.

²⁸ *Ibíd.*, 67.

²⁹ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. L, 626.

maneja con soltura y habilidad, dando pruebas de un conocimiento notable en varios temas religiosos, como las propiedades de Dios y la naturaleza angélica del diablo, los novísimos (muerte, juicio, infierno, gloria) y el purgatorio, los siete sacramentos, el culto a los santos, los objetos y las prácticas piadosas, así como los asuntos morales, uno de los temas más estudiados en la novela³⁰. A título de ejemplo valgan estas palabras de don Quijote sobre la vida eterna:

«Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene un fin señalado. Así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos»³¹.

Finalmente, el estrato más profundo corresponde a la religiosidad *refleja* de Cervantes en el *Quijote*: aquí Salvador Muñoz nos descubre al escritor como «un creyente fervoroso y sincero, católico de convicción y nada polémico, que se siente impelido a dar testimonio de su fe a través de su obra literaria»³⁵. Desde este minucioso análisis, Salvador Muñoz refutó la tesis de Américo Castro y Marcel Bataillon (Cervantes como erasmista) y revisó las posturas de Helmut Hatzfeld y Paul Descouzis (Cervantes como teólogo moral y propagandista de los decretos de Trento).

En suma, sin entrar a análisis más detenidos, dejemos constancia de este resultado: la situación religiosa derivada de la reforma católica impulsada por el Concilio de Trento constituye el *Sitz-im-Leben* de la obra literaria cervantina³². Su pensamiento está en sintonía con el catolicismo tridentino hispano. Cervantes no es un racionalista del Renacimiento ni un adicto de la causa judeo-conversa. Estas afirmaciones pueden ser compulsadas y rastreadas en la vivencia religiosa del gran alcalaíno, que transcurre en un ambiente poco acogedor para otras religiones. Veámoslo.

4. Aproximación biográfica: el hombre y sus circunstancias, vida y literatura

Cervantes era un hombre maduro, de cincuenta y siete años de edad, en 1605, cuando vio la luz el primer *Quijote*. Demasiado vetusto para ser escritor de moda, como lo era don Quijote a sus cincuenta años para embarcarse en la resucitación de la caballería andante. En sus páginas y en sus ficciones vienen a confluír las experiencias biográficas, intelectuales y literarias de su autor, aunque él mismo se oculte detrás de la máscara del narrador imaginario Cide Hamete Benengeli. En todo caso, «a quien sabe leer entre líneas —escribe J. Canavaggio— el *Quijote* se le aparece impregnado del sentir del que

³⁰ *Lo religioso en el Quijote*, 255 (con bibliografía en nota 1).

³¹ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. VIII, 754.

³⁵ *Lo religioso en el Quijote*, 26.

³² S. MADRIGAL, «Lo religioso en *El Quijote*: el cristianismo católico del Caballero andante»: *Estudios Eclesiásticos* 91 (2016) 419-465; especialmente, 437-444.

lo compuso»³³. Sin pretender redactar una semblanza biográfica, vamos a establecer un puente entre esas dos orillas, la vida y la literatura, que pueden ayudar a destilar algunas de las convicciones religiosas del escritor.

Poco conocemos de la infancia y adolescencia del literato nacido en 1547 en Alcalá de Henares, hijo de un modesto cirujano. Resulta bastante discutida la hipótesis sobre la supuesta ascendencia conversa de Cervantes, a saber, que corriera por sus venas sangre de ancestros judíos, tal y como fuera divulgada por Américo Castro. Los archivos guardan al respecto un pudoroso silencio que apenas permite llegar a una conclusión científicamente válida, si bien las sospechosas lagunas en su biografía resultan sintomáticas para no suponer que había en sus antepasados sangre judía. Carlos Alvar afirma que era poco y superficial lo que el autor del *Quijote* sabía de los judíos, o sea, lo que estaba al alcance de un español medianamente culto. Y afirma: «Cervantes era muy posiblemente de origen converso, lo que no es igual a decir que fuera converso, ni mucho menos criptojudío. Tras dos o tres generaciones, o más, no le quedaba más cultura judía que a cualquiera de sus contemporáneos, también ellos en gran parte de origen converso»³⁴.

Sabido es que grandes personajes de la cultura hispana, como Santa Teresa de Jesús, Francisco de Vitoria, Arias Montano, o Juan de Ávila, eran descendientes de judíos. A la postre, «cada uno es hijo de sus obras»³⁵. En cualquier caso, Cervantes denuncia lo anticristiano de la limpieza o pureza de sangre, de las discriminaciones sociales o de raza. Algo así se desprende de ese famoso coloquio que Sancho inicia con esta afirmación: «Yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta». «Y aun te sobra — replicó don Quijote—, y cuando no lo fueras, no haría nada al caso»³⁶. Y de modo más general: «No es un hombre más que otro, si no hace más que otro»³⁷.

Poco se sabe de los primeros estudios de Cervantes. A diferencia de los grandes literatos del Siglo de Oro, —Góngora, Lope, Quevedo—, formados en las facultades de artes, él no ha pisado las aulas universitarias, de modo que el prólogo del *Quijote* sugiere esta inferioridad frente a aquellos consumados latinistas³⁸. Debió cursar las primeras letras en Valladolid, prosiguiendo estudios en Córdoba y Sevilla, donde residió hasta 1565. Martín de Riquer sospecha que el futuro escritor, en alguna de esas

³³ Cf. J. CANAVAGGIO, «Vida y literatura: Cervantes en el Quijote» (XLV-LXXII), y de A. CLOSE, «Cervantes: pensamiento, personalidad, cultura» (LXXIII-XCIV). Cf. MARTÍN DE RIQUER, *Para leer a Cervantes*, 35-98. J. GARCÍA LÓPEZ, *La figura del tapiz* (Barcelona 2015).

³⁴ C. ALVAR, «Cervantes y los judíos» en R. FINE-S. LÓPEZ NAVIA (eds.), *Cervantes y las religiones*, 29-54; aquí: 49-50. Para F. Márquez Villanueva, la ascendencia judía de Cervantes es «incuestionable»; pero A. Close y Martín de Riquer la ponen en entredicho y el máximo biógrafo, Canavaggio, considera que «no está documentada», y que en cualquier caso es irrelevante para el estudio de su obra. Cf. D. EISENBERG, «La actitud de Cervantes ante sus antepasados judaicos», en *Cervantes y las religiones*, 5574.

³⁵ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IV, 70; Lib. I, cap. XLVII, 598.

³⁶ Lib. I, cap. XXI, 255; cap. XLVII, 598; Lib. II, cap. III, 710. Sancho Panza también se proclama «enemigo mortal de los judíos» (Lib. II, cap. VIII, 751).

³⁷ Lib. I, XVIII, 214.

³⁸ Prólogo, 15-16: «No hay más sino hacer de manera que venga a pelo algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria. (...) Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy». Cf. *Lo religioso en El Quijote*, 126.

tres ciudades, ha pasado por un colegio de la Compañía de Jesús, tal y como se desprende de ese pasaje de una de sus «Novelas ejemplares», *El coloquio de los perros*, en el que elogia el método de educación jesuítica³⁹. Existen indicios para afirmar que la obra cervantina denota una buena instrucción religiosa, apoyada en la catequesis y la predicación tal como eran usuales a partir de algunos catecismos de la época que se leían y explicaban a los fieles (*Luz del alma* de Felipe de Meneses, de 1554, el *Catecismo Christiano* de Bartolomé Carranza, de 1559).

En 1566 la familia Cervantes estaba establecida en Madrid, donde Miguel completó estudios en el estudio de la Villa regido por el culto sacerdote Juan López de Hoyos y dio las primeras muestras de su vocación literaria. Como señala A. Close, la formación de Cervantes correspondería a una educación de nivel preuniversitario, a la cual se vino a añadir un autodidactismo que le permitió adquirir un profundo conocimiento de la literatura española e italiana, dando muestras de un deslumbrante poder de asimilación y síntesis. A lo largo de su vida leyó mucho, aunque fueran «los papeles rotos de las calles»⁴⁰.

Antes de salir precipitadamente para Italia en 1569, perseguido por la justicia, aquel joven poeta que admiraba a Garcilaso había leído muchas novelas que luego cita en sus obras: desde el ciclo de los *Amadises* hasta la novela caballeresca *Tirante el Blanco*. No está claro lo que estudió, pero mucho tuvo que aprender en sus años italianos y a lo largo de una vida complicada y poco feliz. En 1571 encontramos en la batalla de Lepanto a un Cervantes de veinticuatro años, que se había alistado en la armada que mandaba Juan de Austria en defensa de la fe católica frente al Islam. Aquella batalla, escribe en el prólogo a la segunda parte del *Quijote*, fue «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros».

En el viaje de regreso fue apresado por los corsarios y hubo de padecer un largo cautiverio de cinco años (1575-1580). La misma historia del capitán cautivo de la primera parte del *Quijote* parece reflejar sus experiencias personales en los *baños* (=cárceles) de Argel⁴¹. Por un lado, las experiencias del Cautivo condensan un patriotismo confesional y una negación del Islam a favor del cristianismo; por otro, dan pábulo a un tema recurrente en la obra cervantina: el amo y ama musulmanes enamorados respectivamente de cautiva y cautivo cristianos⁴². En la oscuridad de la mazmorra dedica versos a la gloria de Dios, a la Virgen y al Santísimo Sacramento. De aquellos años esclavos brotaron deseos infinitos de libertad, al tiempo que el cincel del

³⁹ «No sé qué tiene la virtud que, con alcanzárseme a mí tan poco o nada de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud porque no se torciesen no tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo les reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con premios y los sobrellevaban con cordura; y finalmente cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para el que fueron criados» (Cf. MIGUEL DE CERVANTES, *Novelas ejemplares*, II, Madrid 1980, 316).

⁴⁰ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IX, 118.

⁴¹ Cf. Lib. I, cap. XXXIX-XLI.

⁴² Cf. F. ROMO FEITO, «La “victoria en la derrota” y la diferencia religiosa en Cervantes», en *Cervantes y las religiones*, 705-724; aquí: 706.

dolor y de la prueba ha hecho madurar una personalidad que gusta relacionar intrínsecamente la libertad con la dignidad de la vida humana:

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres»⁴³.

En 1580, recuperada la preciada libertad, Cervantes se encuentra de nuevo en su patria. Había que sobrevivir y rehacer la vida; después de tantos años de desarraigo no era fácil encontrar una posición social. El 12 de diciembre de 1584 se casó con una hidalga rural, Catalina de Salazar, en Esquivias, desde donde se desplaza con frecuencia a la corte en busca de algún oficio; entre intentos, súplicas y algún servicio al rey, va desplegando su labor literaria que le permitía escasamente vivir. En 1585 publica la novela pastoril *La Galatea*. Entre 1587-1600 fija su residencia en Sevilla, ganándose la vida como comisario de abastos, sufriendo toda clase de desengaños y amarguras, pleitos y encarcelamientos. Siempre tuvo dificultades económicas y problemas con la justicia. En medio de estas penalidades no abandonó su actividad literaria. Una placa en la calle Sierpes de Sevilla recuerda que en aquella cárcel comenzó a escribir su inmortal novela, de acuerdo con lo que dice la metáfora del Prólogo: «Se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento».

En 1603 encontramos a Cervantes residiendo en Valladolid, la ciudad castellana en la que se había instalado la corte. En aquel momento el *Quijote* debía estar adelantado y allí concluyó la primera parte de la novela. La historia de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* se desarrolla en un mundo de encantamiento y de irrealidad, fruto de la fantasía desbordada del caballero andante, pero fluye en paralelo y se alterna con el mundo real e histórico contemporáneo del autor. Aquel comisario de abastos había recorrido villas y aldeas, tratando con todo tipo de personajes: venteros palurdos, ricachones desalmados, mujeres de rompe y rasga, curas de aldea, canónigos, hidalgos de villorrios. Este mundo variado y confuso es el que ha quedado retratado en la novela, que arranca en la Mancha, encrucijada y paradigma de esa España multirreligiosa donde convivían desde hacía siglos judíos, moros y cristianos. Ahí emerge la figura del historiador árabe Cide Hamete Benengeli, «flor de los historiadores», como parte de ese universo vital en el que se desarrolló el escritor y soldado Cervantes, que fue a lo largo de su vida «actor en el mundo de los cautivos; testigo de la expulsión de los moriscos; lector de libros sobre historias de árabes y, sobre todo, viajero en la España de entonces donde moros y cristianos eran presencia y realidad en el panorama social»⁴⁴.

En vano se buscará una actitud de diálogo interreligioso al gusto de nuestra sensibilidad actual. En los capítulos LIV, LXIII y LXV de la segunda parte del *Quijote*, — señala Martín de Riquer—, Miguel de Cervantes aborda el gravísimo problema español

⁴³ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. LVIII, 1195.

⁴⁴ A. ARRIAGADA DE LASSEL, «El tema musulmán en el *Quijote* y la dualidad religiosa de algunos personajes», en R. FINE-S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 329-338; aquí: 337. ⁴⁹ *Para leer El Quijote*, 327-330.

de la expulsión de los moriscos, firmada por Fernando III en 1609⁴⁵. Protagonista de esta historia es Ricote, el vecino tendero y morisco de Sancho Panza, «un arquetipo de la figura histórica del hispano-musulmán que vivía sus últimos años en España a comienzos del siglo XVII»⁴⁵. Cuando se publicó el bando de expulsión, Ricote enterró un pequeño tesoro (joyas, dinero y monedas de oro) fuera del pueblo y partió solo, sin su familia, al extranjero en busca de residencia. Su mujer, Francisca Ricota, y su hija Ana Félix, fueron llevadas a Argel. Ricote viajó por Francia, Italia y Alemania y luego regresó de forma clandestina a España. Al encontrarse por tierras de Aragón con Sancho exclama: «Ahora conozco y experimento lo que suele decirse que es dulce el amor de la patria». Cervantes muestra claramente su compasión hacia aquel drama de quienes tuvieron que dejar casa, tierra, patria. Y el morisco Ricote confesó a Sancho:

«Yo sé cierto que la Ricota mi hija y mi Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo le tengo de servir»⁴⁶.

A principios de 1606 la corte abandonó Valladolid y se trasladó de nuevo a Madrid. Allí se dirigió Cervantes al año siguiente. El 17 de abril 1609, cuando contaba sesenta y un años de edad, Cervantes se inscribió en la congregación laica de los Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento. Tomar el escapulario de aquella hermandad suponía ir a misa todos los días, el examen de conciencia, comulgar cada primero de mes, rezar a la Corona de la Virgen, acudir a los ejercicios de oración y de disciplina, visitar hospitales y asistir a los entierros de los cofrades⁴⁷.

El anciano Cervantes ha conservado su lucidez en aquellos últimos años de su vida, escasos de recursos, pero de gran producción literaria y de honda espiritualidad. De hecho, en el decenio 1600-1610 ha redactado, además de la primera parte del *Quijote*, sus obras más famosas (*Rinconete y Cortadillo*, *El coloquio de los perros*, *El celoso extremeño*, *El licenciado Vidriera*, *La ilustre fregona*, *La gitanilla*). Todavía entre junio y septiembre de 1610 se desplazó y residió en Barcelona, donde fue muy bien acogido. Aquel paso por Cataluña ha sido decisivo para perfilar algunos de los relatos que componen la última sección (capítulos LXLXV) del segundo *Quijote*.

De regreso en Madrid, siguiendo el ejemplo de sus hermanas Andrea y Magdalena y de su esposa, el 2 de abril de 1613, pidió el ingreso en la Venerable Orden Tercera Franciscana. Su confesor fue Francisco Martínez, capellán de las Trinitarias. Tres años más tarde, en el lecho de muerte, el padre y padrastro de don Quijote hizo su profesión. En la dedicatoria al Conde de Lemos de su última y póstuma novela *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, dejó escrito con sus últimas fuerzas: «Puesto ya el

⁴⁵ A. ARRIAGADA DE LASSEL, «El tema musulmán en el *Quijote*», 334.

⁴⁶ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. LIV, 1172.

⁴⁷ J. I. RUIZ-M. D. DELGADO, «Miguel de Cervantes Saavedra, un laico en la venerable orden tercera franciscana en la época de la confesionalización», en *Cervantes y las religiones*, 223-240; esp. 232327.

pie en el estribo... Ayer me dieron la extremaunción [el 18 de abril] y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir». Cervantes murió el 22 de abril en su casa de la calle del León de Madrid.

5. Conclusión: la pluma cervantina ha cumplido con «su cristiana profesión»

Cervantes sí trata el tema religioso, y lo hace en los parámetros de la catequesis y predicación postridentina, como mostrara S. Muñoz⁴⁸. En este sentido, el ingenioso hidalgo es un andante caballero y cristiano católico. Ahora bien, el manco de Lepanto nunca ha abandonado su tarea de escritor y su perspectiva literaria. El reconocido cervantista Ciriaco Morón ha puesto cierta sordina y atemperada —a mi modo de ver con razón— la interpretación de S. Muñoz cuando afirma: «El catolicismo, como dogma y ética, es el trasfondo ideológico de la obra de Cervantes, pero no es su tema. Por tanto, no tiene sentido convertirlo en un epígono de la teología tridentina»⁴⁹.

El *Quijote* es literatura de ficción en la pluma de un cristiano laico, que de cuando en cuando dice «cosas de meollo y sustancia» en el terreno religioso⁵⁰. Así lo observa con tino el fiel escudero que subraya este aspecto: «Yo pensaba en mi ánima que sólo debía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada». En realidad, esta sabiduría del hidalgo forma parte de la estrategia cervantina que reconoce este modo de proceder: «Como muchas veces en el progreso de esta grande historia queda dicho, solamente disparataba en tocándole la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento»⁵¹.

Con permiso de los cervantistas me atrevo a decir que la intención religiosa del autor quedaría reflejada de forma ejemplar en el divertido pasaje de la venta que D. Quijote, por su mal, pensó que era un castillo y donde Sancho fue manteado. Maltrecho por los golpes y por el bálsamo de Fierabrás, Maritornes, —moza asturiana de más que dudosa moral—, le regala y paga el vino de su propio dinero, mostrando así que «tenía unas sombras y lejos de cristiana»⁵⁷. Estos términos, *sombras* y *lejos*, son vocablos traídos del campo de la pintura, que se oponen a lo iluminado y lo cercano. Esto mismo valdría para los dos libros que componen *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Prima la intención literaria, que deja en la penumbra los desarrollos explícitos de la fe religiosa, que no obstante tampoco están ausentes en los parlamentos y en las actuaciones de los protagonistas de Cervantes⁵².

Cervantes puso fin a su novela con el diálogo de Cide Hamete y su pluma; ella ha cumplido «con su cristiana profesión», mientras que el autor recuerda por última vez

⁴⁸ Véase: M. A. GARRIDO GALLARDO, «El texto del *Quijote* y el catecismo de Trento», en R. FINE-S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 157-173.

⁴⁹ *Para entender el Quijote* (Madrid 2005), 300. Véase: M. DELGADO, «Don Quijote – für Theologen»: *Stimmen der Zeit* 223 (2005) 219-232.

⁵⁰ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. XXII, 884.

⁵¹ Lib. II, cap. XLIII, 1062.

⁵² Lib. I, cap. XVII, 202.

⁵² Como recuerda S. Muñoz (*Lo religioso en el Quijote*, 321-322), pueden leerse fórmulas de fe desarrolladas en la obra póstuma *Los trabajos de Persiles y Segismunda* (publicada en 1617).

su intención y su objetivo: «No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo, sin duda alguna»⁵³.

Merece la pena poner en relación estas palabras con las dos últimas voluntades contenidas en el testamento de Alonso Quijano. La primera es la advertencia para la sobrina: que no case hombre aficionado a los libros de caballerías, y si lo hace, quedará desheredada⁵⁴. En segundo lugar, la petición de perdón a Avellaneda, el impostor, para reivindicar de forma definitiva su *verdadero* don Quijote⁵⁵.

Rebatir la obra del falsario Avellaneda forma parte del propósito negativo de la obra cervantina, de su invectiva contra los libros de caballerías. Ahora bien, no se han de olvidar estos otros dos propósitos de signo positivo: el que va puesto en el prólogo del libro, a saber, engendrar «el libro más hermoso, el más gallardo y discreto que pudiera imaginarse» (Prólogo, 9), y el indicado al comienzo de la segunda parte, esto es, dar a los lectores una tal historia «del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento (...), porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesto ni un pensamiento menos que católico»⁶².

Me agrada y convence el breve juicio que esbozó en la segunda mitad del siglo XVII el reconocido y erudito bibliógrafo Nicolás Antonio, para quien la novela cervantina es «festivísima invención de un héroe, nuevo Amadís a lo ridículo, que agradó tanto que oscureció todas las bellezas de las antiguas invenciones de esta clase, que, por cierto, no eran pocas». Levanta así acta, con una cierta nostalgia, de la desaparición de la literatura caballeresca, de un género que constituye una de las manifestaciones más fascinantes de la novelística imaginativa e ideal.

Ahora bien, también es verdad que en el escrutinio de libros del hidalgo se libró del fuego purificador la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, «el mejor libro del mundo», pues «aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento»⁵⁶, como hizo nuestro caballero andante convertido al final de sus días en «Alonso Quijano el bueno»⁵⁷. Hasta ese momento el lector solo ha conocido al

⁵³ Lib. II, cap. LXXVIII, 1337.

⁵⁴ Lib. II, cap. LXXVIII, 1334: «Iten, es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiera casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe y, con todo eso, mi sobrina quiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad».

⁵⁵ Lib. II, cap. LXXVIII, 1334: «Iten, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tanto y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parte desta vida con escrupulo de haberle dado motivo para escribirlos». ⁶² Lib. II, cap. III, 712.

⁵⁶ Lib. I, cap. VI, 90-91.

⁵⁷ Lib. II, cap. LXXVIII, 1337: «Dadme albricias, buenos señores, de que yo ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de “bueno”. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron

personaje en el que se confunden el culto y prudente hidalgo manchego con el temerario, sublime e insensato caballero andante. Pero Cervantes quiso que un don Quijote, en plenitud de facultades, se enfrentase a las postrimerías y sintiese las huellas de Dios. Cervantes hace que por la voluntad de la gracia divina don Quijote vuelva a ser Alonso Quijano: «¡Bendito sea el todopoderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres»⁶⁵.

Junto a su extraordinaria belleza formal hay que recordar que el *Quijote* no destruye sino que depura los ideales caballerescos: la libertad, la defensa de los débiles, el heroísmo, la fidelidad a su amor, la tolerancia..., al tiempo que nos enseña a ver y entender la complejidad infinita del mundo de los hombres y mujeres, de sus pasiones, sus ilusiones y sus sueños, y también en esa dimensión que mira hacia la realidad trascendente, que llamamos a tientas, en sombras y de lejos, Dios en su infinita providencia. En palabras de nuestro hidalgo manchego: «Aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia»⁶⁶.

haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino». ⁶⁵ Lib. II, cap. LXXIII, 1329. ⁶⁶ Lib. II, cap. XLII, 1061.